

UN CUBO DE AIRE

UNA OBRA MAESTRA DE UN GANADOR DE TRES PREMIOS HUGO



FRITZ LEIBER

Otra gran colección de cuentos de ciencia ficción y fantasía del maestro estadounidense Fritz Leiber. Apenas inferior a su gran colección de cuentos "Las canciones secretas", Leiber nos ofrece un conjunto de muy buenos relatos de fantasía y ciencia ficción. Son argumentos originales, de los que le permitieron a Leiber habitar el Olimpo de los autores clásicos del género.

UN CUBO DE AIRE

Papá me había enviado a buscar otro cubo de aire. Acababa de llenarlo, y la mayor parte del calor se había filtrado de mis dedos, cuando vi la cosa.

Ya se sabe, al principio creí que era una joven. Sí, la cara de una hermosa joven reluciendo en la oscuridad y mirándome desde el quinto piso del apartamento opuesto, que poco más o menos es el que queda por encima de la blanca manta de aire congelado que tiene cuatro pisos de espesor. Yo jamás había visto a una joven viva, excepto en la viejas revistas —Sis es sólo una criatura y mamá está muy enferma y triste— y me dio tal sobresalto que dejé caer el cubo. ¿Y a quién no le hubiese ocurrido, sabiendo que todos en la Tierra estaban muertos excepto papá, mamá, Sis y yo?

Aún así, supongo que no debía haberme sorprendido. Todos vemos visiones de vez en cuando. Mamá las tiene malas, a juzgar por el modo en que se desorbitan sus ojos ante nada y se pone a gritar y a gritar y se acurruca contra

las mantas que penden en tomo del Nido. Papá dice que es natural que a veces reaccionemos así.

Cuando hube recuperado el cubo y pude volver a mirar al apartamento opuesto, tuve una ligera idea de lo que mamá podía sentir en aquellos momentos, porque vi que no era una joven en absoluto, sino una lucecita que se movía de manera furtiva de ventana en ventana, como si alguna de las crueles estrellitas hubiese caído del cielo, sin aire, para investigar por qué la Tierra se había alejado del Sol y quizá para cazar algo con el que atormentarla o aterrorizarla ahora que la Tierra carecía de la protección solar.

Os lo digo, el pensamiento me produjo escalofríos. Simplemente me quedé allí plantado, temblando, y casi se me congelaron los pies y se me empañó el casco de manera tan sólida por el interior que no pude haber visto la luz incluso aún cuando hubiese salido por una de las ventanas para venir a por mí. Luego tuve valor para regresar dentro.

Pronto encontré el camino familiar a través de las treinta mantas y alfombras y láminas de goma, poco más o menos, que papá había colgado y me abrí paso rápidamente para disminuir un escape de aire del Nido y ya no estaba tan asustado. Empecé a oír el tic tac de los relojes del Nido y supe que volvía el aire, porque no hay sonido exterior en el vacío, claro. Pero mi mente estaba todavía atemorizada e intranquila mientras apartaba las últimas mantas —papá las tiene forradas con láminas de aluminio para mantener el calor— y entré en el Nido.

* * *

Dejadme que os hable del Nido. Es bajo e íntimo, con espacio sólo para los cuatro, y nuestras cosas. El suelo está cubierto de espesas alfombras de lana. Por tres lados hay mantas y estas mantas alcanzan a formar un techo a la altura de la cabeza de papá. Me dice que estamos dentro de

una habitación mucho mayor, pero jamás he visto las verdaderas paredes o el cielo raso.

Contra una de las paredes de mantas hay una gran estantería, con herramientas y libros y otro material, y encima toda una fila de relojes. Papá se preocupa mucho por mantenerlos con cuerda. Dice que no debemos olvidar jamás el tiempo y sin sol o luna eso sería muy fácil de que ocurriese.

La cuarta pared tiene mantas por todas partes, rodeando la chimenea, en la que hay fuego que nunca debe apagarse. Impide que nos congelemos y hace muchas cosas más. Uno de nosotros siempre lo cuida. Algunos de los lazos son despertadores y los utilizamos para recordamos la obligación. En los primeros días sólo mamá se turnaba con papá —creo que tengo que pensar en eso cuando se pone difícil— pero ahora estamos Sis y yo para ayudar también.

Papá es el jefe guardián del fuego, sin embargo. Yo siempre pienso de él así: Un hombre alto sentado con las piernas cruzadas, mirando ceñudo al fuego, su rostro arrugado dorado por la luz y a menudo, con mucha frecuencia, colocando en él un pedazo de carbón del gran montón que hay a su lado. Papá dice que había tanto sol que no era necesario que hubiese fuego.

Estaba sentado así ahora, aunque se levantó rápidamente para tomarme el cubo y reñirme por holgazanear... inmediatamente se había fijado en mi empañado casco. Eso alborotó a mamá y ella se unió a él en el escamón. Siempre trata de desahogar sus sentimientos, explica papá. El la hizo callar rápidamente. Sis también soltó un par de estúpidos grititos.

Papá manejó el cubo de aire con un paño doblado. Ahora que estaba dentro del Nido se podía notar en realidad su frialdad. Parecía absorber el calor y todo. Incluso las llamas crepitaron alejándose de él cuando papá lo puso cerca del fuego.

Sin embargo su brillante blanco azulado llenaba todo el cubo y era lo que nos conservaba vivos. Lentamente se fun-

de y desaparece y refresca el Nido y alimenta el fuego. Las mantas impiden que escape demasiado de prisa. A papá le gustaría sellar herméticamente todo el lugar, pero no puede... el edificio está demasiado desunido por los terremotos y además tiene que dejar abierta la chimenea para que salga el humo. Pero la chimenea, en su interior, tiene cosas especiales que papá llama «oclusores», para impedir que el aire escape demasiado pronto por aquel lugar. A veces papá, haciendo un chiste, dice que eso le deja como recluido para impedir que siga trabajando en absoluto.

Papá afirma que el aire está compuesto de diminutas moléculas que vuelan como si fuese un fogonazo si no hay nada que las detenga. Tenemos que mantener aguda vigilancia para que no andemos escasos de aire. Papá siempre mantiene una gran reserva en cubos detrás de las mantas, junto con carbón y latas de comida y botellas de vitaminas y otras cosas extra, tales como cubos de nieve para fundir, para conseguir agua. Tenemos que bajar hasta el piso inferior para obtener ese material, lo que significa todo un viaje y cruzar una puerta que nos permite alcanzar el exterior.

Mirad, cuando la Tierra se enfrió, toda el agua del aire se congeló primero y formó una especie de capa de tres metros de espesor por todas partes y luego en lo alto de esta capa cayeron los cristales de aire congelado, formando otra manta principalmente blanca de veinte o quizás veinticinco metros de espesor.

Claro, todas las partes del aire se congelaron y cayeron en forma de nieve al mismo tiempo.

Lo primero en precipitarse fue el dióxido de carbono... cuando uno está sacando paladas de agua, tiene que asegurarse de no hacerlo de demasiada altura y sacar género de ese mezclado, porque te haría dormir, quizás para siempre, y apagaría el fuego. Después está el nitrógeno, que no cuenta de ninguna de las maneras, aunque forma la mayor parte de la manta o capa. Encima de todo y fácil de conseguir, lo que es una sorpresa para nosotros, está el oxígeno

que nos mantiene vivos. Tiene un color azul pálido, que ayuda a distinguirlo del nitrógeno. El oxígeno necesita más frío para congelarse que el nitrógeno. Por esa razón el oxígeno nevó el último.

Papá dice que vivimos mejor que reyes, respirando oxígeno puro, pero nos hemos acostumbrado y no lo notamos.

Por último, en la parte superior, hay una porción de helio líquido que es un material muy gracioso.

Todos estos gases forman capas separadas. Como un pastel de mil hojas, dice papá riendo, aunque nadie sabe lo que es eso.

* * *

Yo estaba impaciente por contarles lo que había visto y así, en cuanto me quité el casco y mientras aún estaba despojándome del traje, empecé a hablar. De inmediato, mamá se puso nerviosa y comenzó a dirigir miraditas a la ranura de entrada en las mantas, retorciéndose las manos... la mano que había perdido tres dedos por congelación, dentro de la otra buena, como siempre. Pude decir que papá estaba enojado al verme asustarla y quiso explicarlo todo con rapidez, sin embargo me di cuenta de que no me engañaba.

—¿Y contemplaste esa luz durante algún tiempo, hijo?
—preguntó cuando terminé.

Yo nada había dicho sobre mi primera idea de que creí que fuese el rostro de una joven. Sin saber por qué, esa parte me embarazaba.

—Lo bastante para que pasase por cinco ventanas y fuese al piso siguiente.

—¿Y no parecía electricidad estática, o un líquido que se deslizase, o luz de las estrellas enfocada por un cristal creciente, o algo por el estilo?

No se estaba inventando todas aquellas ideas. Ocurren cosas raras en un mundo que está tan frío como pueden imaginarse y cuando uno cree que la materia congelada estaría muerta, cobra una extraña vida nueva. Un material resbaladizo hacia el Nido, como si un animal hubiese olisqueado el calor... se trata del helio líquido. Y lo medí una vez, cuando yo era pequeño, un relámpago —ni siquiera papá podía imaginarse de donde vino— cayó sobre la pendiente próxima y subió y bajó por ella durante semanas, hasta que el fulgor murió por último.

—No se parece a nada de lo que vi jamás —dije.

Se quedó plantado ceñudo durante un momento. Luego anunció:

—Saldré contigo y me lo enseñarás.

Mamá armó el escándalo ante la idea de quedarse sola y Sis se unió en el griterío también, pero papá las hizo callar. Comenzamos a ponernos nuestros trajes del exterior... el mío había estado calentándose junto al fuego. Papá los había hecho. Tenían cascos de triple pared de plástico que antaño fueron transparentes botes de alimentos, pero mantenían caliente el aire y podían substituir la atmósfera durante un ratito, lo bastante para nuestros viajes a por agua y carbón, comida, etc.

Mamá empezó de nuevo a gemir.

—Siempre supe que había algo ahí afuera, esperando apoderarse de nosotros. Llevo años presintiéndolo... algo que es parte del frío y que odia al calor y que quiere destruir el Nido. Ha estado vigilándonos siempre y ahora se ha decidido a atacarnos. Acabará con vosotros y luego vendrá por mí. ¡Harry, no vayas!

Papá se había puesto todo excepto el casco. Se arrodilló junto a la chimenea, extendió el brazo y sacudió la larga varilla metálica que sube por la chimenea y que acaba con el hielo que amenaza atascarla. Una vez cada semana sube hasta el tejado para repasar si funciona bien. Ese es nuestro peor viaje y papá no me permite que lo haga yo solo.

—Sis —dijo papá tranquilo—, ven a vigilar el fuego. Fíjate también en el aire. Si baja o no parece hervir lo bastante de prisa, coges otro cubo desde detrás de la manta. Pero cuidado con las manos. Utiliza tela para coger el cubo.

Sis dejó de ayudar a mamá a estar asustada y obedeció a cuanto se le dijera. Mamá se tranquilizó de manera súbita, aunque sus ojos seguían teniendo el aspecto salvaje de ordinario, mientras contemplaba cómo papá se colocaba apretado el casco, y cogió un cubo mientras nosotros dos salíamos.

* * *

Papá abrió la marcha y yo me agarré de su cinturón. Tiene gracia, no tengo miedo de salir solo, pero cuando viene papá siempre me agarro a él. Me imagino que es por costumbre aunque en esta ocasión no podía negar que estaba algo asustado.

Comprendedlo, miradlo de esta manera. Sabemos que fuera todo está muerto. Papá oyó desvanecerse las últimas voces por la radio hace años y ha visto morir a algunas de las últimas personas que no tuvieron tanta suerte o estuvieron tan bien protegidos como nosotros. Así que sabemos que si hubiese algo acechando aquí fuera no podría ser ni humano ni amistoso.

Además, hay una sensación que se produce cuando siempre es de noche, noche *fría*. Papá dice que esa sensación dominaba en los viejos tiempos, pero que luego cada mañana el Sol al salir la disipaba. He de aceptar su palabra, puesto que ni siquiera recuerdo al Sol como si fuese una gran estrella. Mirad, yo no había nacido cuando la estrella oscura nos arrebató de los dominios del Sol y nos dejó más allá de la órbita del planeta Plutón, según dice papá, aunque afirma también que sigue arrastrándonos lejos continuamente.

Podemos ver a la estrella oscura cuando cruza el cielo porque ennegrece los demás astros y especial, mente cuando queda recortada por la Vía Láctea. Es muy grande, porque estaba más cerca de ella que el planeta Mercurio lo estaba en el Sol, dice papá, pero no les interesa mirarla mucho y papá no ajusta sus relojes de acuerdo con su paso.

Yo me encontré preguntándome si no podría haber algo en la estrella oscura que quisiese apoderarse de nosotros y si por esa razón había capturado la Tierra. Precisamente entonces llegamos al final del corredor y seguí a papá hasta la terraza.

Yo no se que aspecto tendría la ciudad de los viejos tiempos, pero ahora es hermosa. Lo que nos permite ver la luz de las estrellas queda bastante bien... hay un poquito de luminosidad en aquellas puntas firmes que reflejan en la negrura superior. (Papá dice que las estrellas antes parpadeaban, pero eso era por causa del aire). Estamos en una colina y la brillante llanura cae muy lejos de nosotros apoderándose, formando limpios cuadrados en los agujeros que solían ser calles. Algunas veces hago que mis patatas aplastadas se le parezcan, antes de comérmelas.

Algunos edificios más altos destacan de la plumosa llanura, culminados por redondos copetes de cristales de aire, como el gorro de pieles que mamá lleva, sólo que más blancos. En esos edificios se pueden ver los cuadrados más oscuros de los ventanas, recortados por los salientes cristales de aire blanco. Algunos de ellos están inclinados, porque muchos de los edificios están bastante retorcidos por los terremotos y todo lo demás que ocurrió cuando la estrella oscura capturó la Tierra.

De trecho en trecho penden estalactitas de hielo, de agua también, procedentes de los primeros días del frío; otros colgajos de aire congelado se funden en los tejados y caen a gotas y vuelven a congelarse. A veces una de estas estalactitas capta la luz de una estrella y te la envía tan bri-

llante que crees que ese astro ha caído dentro de la ciudad. Esa era una de las cosas en que papá había estado pensando cuando le hablé de la luz, pero yo también pensé en ella al principio y supe que no era así.

Tocó su casco con el mío para que pudiésemos hablar con más facilidad y me pidió que le señalase las ventanas. Pero no había ninguna luz moviéndose en el interior de ellas ahora, ni en ninguna otra parte. Para mi sorpresa, papá no me rió y me dijo que había estado viendo visiones. Miró a su alrededor un ratito después de llenar su cubo y cuando ya estábamos a punto de meternos dentro giré en redondo sin previo aviso, como si quisiese pillar desprevenido a la cosa que nos debía estar acechando. También pude notarlo.

La vieja paz había desaparecido. Había algo al acecho allí fuera, vigilando, aguardando, preparándose.

Dentro, me dijo, tocándonos los cascos:

—Si ves algo por el estilo otra vez, hijo, no se lo digas a los demás. Tu mamá está bastante nerviosa estos días y tenemos que proporcionarla toda la sensación de seguridad que podamos. Antaño... cuando nació tu hermana... yo estaba preparado para abandonar la lucha y morir, pero tu madre me mantuvo luchando. En otra ocasión mantuvo el fuego encendido toda una semana ella sola cuando yo estuve enfermo. Me cuidó y se ocupó también de vosotros dos.

¿Conoces ese juego al que nos dedicamos a veces, sentados en corro dentro del Nido y arrojándonos una pelota? El valor es como una pelota, hijo. Una persona puede conservarlo largo rato pero luego se ve obligada a arrojárselo a otro. Cuando se tira en tu dirección, tienes que cogerlo y sostenerlo... y esperar que haya algún otro ser a quien pasárselo cuando te canses de ser valiente.

Al alabarme así me hizo sentir mayor y más bueno. Pero no pude arrancar de mi memoria el recuerdo de la cosa de

fuera... por el hecho de que papá se lo tomase tan en serio.

* * *

Resulta difícil esconder lo que uno siente sobre tal cosa. Cuando regresamos al Nido y nos quitamos las ropas del exterior, papá rió acerca de lo ocurrido y dijo a las mujeres que no era nada y bromeó conmigo por tener tanta imaginación, pero sus palabras sonaban a hueco. No convenció a mamá y a Sis, como tampoco me convenció a mí. Durante un momento pareció como si todos estuviésemos tirándonos de uno a otro la pelota del valor. Algo tenía que hacerse y casi antes de darme cuenta de lo que iba a decir, me oí preguntar a papá que nos contase cosas sobre los viejos días y cómo había ocurrido todo.

A veces no le importaba narrar esa historia y Sis y yo siempre disfrutábamos escuchándola, pero en ese caso captó mi propósito. Así que nos instalamos en torno al fuego en un abrir y cerrar de ojos y mamá puso unas cuantas latas a deshelarse para cenar y papá comenzó. Antes de hacerlo, sin embargo, me fijé que, a hurtadillas, tomaba un martillo de la estantería y lo colocaba a su lado.

Era la misma vieja historia de siempre —creo que podría recitarla de un tirón aun en sueños— aunque papá siempre colocaba algún detalle nuevo y los mejoraba en ciertos lugares.

Nos contó cómo la Tierra giraba en torno al Sol, siempre tan tranquilo y cálido y la gente se preocupaba de hacer dinero y guerras, y de pasarlo bien, y de conseguir poder, y amenazarse uno a otro diciendo que estaban en lo cierto o que se equivocaban, cuando sin previo aviso salió

del espacio aquella estrella muerta, aquel sol quemado y apagado ya, que lo trastornó todo.

Ya sabéis, encuentro difícil sentir como aquella gente, como tampoco puedo creer que hubiera tanta cantidad de millones de personas. Imaginaos la gente preparándose para la terrible clase de guerra que estaban maquinando. Deseándola incluso, por lo menos necesitándola, para que cuando pasase acabara así su nerviosismo. Como si todas las gentes no tuvieran que unirse para sumar hasta la última pizca de calor con el fin de conservarse vivos. ¿Y cómo podrían haber tenido esperanzas de acabar con el peligro como tampoco nosotros lo podemos tener de acabar con el frío?

A veces creo que papá exagera y que pinta las cosas demasiado negras. De vez en cuando nos miente y probablemente mintió también con respecto a aquellas personas. Sin embargo, algo de lo que he leído en las viejas revistas tiene aspecto verdaderamente salvaje. Quizá papá tenga razón.

La estrella oscura, como papá continuó contándonos, se precipitó muy de prisa y no había tiempo de sobras para prepararse. Al principio trataron de mantenerlo en secreto para la mayor parte de las personas, pero luego se filtró la verdad, por causa de los terremotos y de todas las inundaciones. —¡Imaginaos, océanos de agua *no helada!*—. Y la gente empezó a ver cómo las estrellas quedaban eclipsadas por algo en una noche clara. Al principio pensaron que el astro chocaría contra el Sol y luego creyeron que lo haría contra la Tierra. Incluso, llenos de pánico, intentaron llegar a un lugar llamado China, porque la gente creyó que la estrella chocaría por el otro lado. No es que eso les hubiera servido de nada, el caso es que estaban locos de miedo. Pero cuando descubrieron que no iba a chocar contra ningún lado, sino que se acercaría muchísimo a la Tierra, la cosa pareció variar.

La mayor parte de los otros planetas se encontraban en el lado opuesto al Sol y no se vieron complicados. El Sol y el astro recién llegado lucharon por la Tierra durante un poquito... tirando de aquí para allá, en una curva retorcida, como dos perros peleándose por un hueso, lo describió papá esta vez... y luego ganó el recién llegado y se nos llevó. El Sol obtuvo un premio de consolación, sin embargo. En el último minuto logró retener a la Luna.

Ese fue el tiempo de los monstruosos terremotos e inundaciones, veinte veces peores que los ocurridos con anterioridad. Fue también el momento del Gran Acelerón, como papá lo llama, cuando la Tierra aumentó su velocidad, entrando en una órbita próxima en tomo a la oscura estrella.

Le pregunté a papá si no había arrastrado a la Tierra, como él me lo ha hecho a mí otras veces, cogiéndome por el cuello de la camisa, cuando he permanecido sentado demasiado lejos del fuego. Pero papá contestó que no, que la gravedad no funciona de esa manera. Es como un tirón, aunque nadie lo nota. Creo que es como verse arrastrado en mitad de un sueño.

Mira, la estrella oscura cruzaba el espacio más de prisa que el Sol en dirección opuesta, y tuvo que aumentar la velocidad del mundo en una gran cantidad con el fin de poderse llevar.

El Gran Acelerón no duró mucho. Finalizó tan pronto como la Tierra se instaló en su nueva órbita en torno a la estrella oscura. Pero los terremotos e inundaciones fueron terribles mientras todo esto duró, veinte veces peores que los ocurridos con anterioridad. Papá dice que toda clase de acantilados y edificios se desplomaron, que los océanos ocuparon grandes zonas de terreno, que los pantanos y desiertos venenosos conocieron grandes corrimientos de tierra y enterraron a las zonas más próximas. La capa de aire de la Tierra, aún en el firmamento entonces, fue estirada y se debilitó en lugares hasta tal punto que la gente se sintió

mareada y se desmayó... aunque, claro, como al mismo tiempo, se veían también derribados por los terremotos que se sucedían durante el Gran Acelerón quizá se rompieron sus huesos o se rajaron sus cráneos.

A menudo le preguntaba a papá cómo se comportó la gente durante esta época, si se mostraban asustados o eran valientes, o enloquecidos o estupefactos, o las cuatro cosas a la vez, pero trata el asunto bastante a la ligera, lo mismo que hizo esta noche. Dice que estaba demasiado ocupado para fijarse en esos detalles.

Mirad, papá y algunos amigos científicos habían imaginado parte de lo que ocurriría —comprendieron que nos capturarían y que el aire se congelaría— y trabajaron como locos para construir un lugar con paredes herméticas y puertas o aislamientos contra el frío y grandes suministros de comida y combustible y agua y aire embotellado. Pero este refugio quedó destrozado en los últimos terremotos y todos los amigos de papá murieron entonces en medio del Gran Acelerón. Así que tuvo que comenzar de nuevo y montar el Nido a toda prisa sin ninguna de las ventajas, sólo utilizando el material que tenía a mano.

Creo que dice la verdad cuando afirma que no tuvo tiempo para mirar el comportamiento de los demás, bien entonces o en la Gran Congelación que siguió, y siguió muy de prisa, debéis saber, porque la estrella negra nos alejaba a gran velocidad y porque la rotación de la Tierra había disminuido a causa de los tirones entre los dos astros y de las mareas, de modo que las noches resultaban más largas.

Sin embargo, tengo una ligera idea de algunas de las cosas que ocurrieron, gracias a la gente congelada que he visto, unos cuantos en otras habitaciones de nuestro edificio, otros apiñados en torno a los hornos de los sótanos a donde vamos en busca de carbón.

En una de las habitaciones, hay un hombre sentado y tieso en una silla, con un brazo y una pierna entablillados.